

Colección: Humanitas  
Director: Carlos Ruta

Las justicias en la Filosofía medieval / compilado por Enrique Corti.  
1ª edición - Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones: UNSAM EDITA de  
Universidad Nacional de Gral. San Martín, 2013.

304 pp.; 15x21 cm. (Humanitas / Carlos R. Ruta)

ISBN 978-987-1788-09-5

1. Filosofía Medieval. I. Enrique Corti, comp.

CDD 189

1ª edición, marzo de 2013

© 2013 Enrique Corti

© 2013 UNSAM EDITA de Universidad Nacional de General San Martín

© 2013 Jorge Baudino Ediciones

UNSAM EDITA:

Campus Miguelete. Edificio Tornavía

Martín de Irigoyen 3100, San Martín (B1650HMK), provincia de Buenos Aires

[unsamedita@unsam.edu.ar](mailto:unsamedita@unsam.edu.ar)

[www.unsamedita.unsam.edu.ar](http://www.unsamedita.unsam.edu.ar)

Jorge Baudino Ediciones:

Fray Cayetano Rodríguez 885,

(1406), Ciudad Autónoma de Buenos Aires

[info@baudinoediciones.com.ar](mailto:info@baudinoediciones.com.ar)

Corrección: Gerardo Losada

Diseño de interior y tapa: Ángel Vega

Edición digital: María Laura Alori

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723

Editado e impreso en la Argentina

Prohibida la reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia,  
sin la autorización expresa de sus editores.

# Las justicias en la Filosofía medieval

**Enrique C. Corti (comp.)**



**UNSAM  
EDITA**



*Jorge Baudino Ediciones*

*Edición Humanitas*



## INTRODUCCIÓN

El poeta era esclavo del emperador y murió como tal;  
su composición cayó en el olvido porque merecía el olvido  
y sus descendientes buscan aún, y no encontrarán,  
la palabra del universo.<sup>1</sup>

### ¿POR QUÉ JUSTICIAS?

**D**ifícil es el sino de los descendientes del poeta del Emperador Amarillo. Poetas, filósofos y teólogos buscan aún, y no encontrarán, la palabra del universo.

La historia es breve. El emperador mostró un día su palacio al poeta. Este, sin prestar mayor atención al fasto público, pronunció al pie de la penúltima torre un poema que desde entonces está asociado a su nombre y que, según los historiadores más elegantes, le deparó la inmortalidad y la muerte. El texto del poema se ha perdido y, con respecto a su extensión, hay opiniones disímiles, bien un verso, bien una sola palabra. Lo increíble es que en el poema estaba entero el palacio enorme. Al terminar su recitación, en medio del silencio de casi todos, el emperador exclamó: ¡Me has arrebatado el palacio! Y la espada del verdugo segó la vida del poeta.

Otra versión de la historia refiere que como en el mundo no puede haber dos cosas iguales, en el instante que el poeta pronunció la última sílaba de su poema, el castillo desapareció como abolido y fulminado.

Borges aclara que las dos leyendas no pasan de ficciones literarias. Puede conjeturarse que los descendientes, poetas o no, con la intención de vengarse del emperador y creyendo en las leyendas sobre el poder anodante y fulminante de la palabra, buscan aún la palabra del universo para pronunciarla y abolir así al emperador y su verdugo. No importa que al

---

<sup>1</sup> Borges, J. L., "Parábola del palacio", en ídem, *El hacedor. Obras completas*. Buenos Aires, Emecé, 1974, pp. 801-802. En adelante OC74, seguido del número de página.

precio de sus vidas, y puede presumirse que pensando abolir asimismo la esclavitud que padecen.

No ha de inquietar a los descendientes, como tampoco parece haber inquietado al poeta cuya palabra arrebató el palacio al emperador, que el precio de su venganza sea la vida. Tampoco debe importunarlos que sus palabras caigan reiteradamente por mérito propio en el olvido. Pero sí, y sobre todo, debe inquietarlos el deseo de encontrar palabras (aunque ignoren si bastará una o será preciso articular aún otras) que al decir el universo lo fulminen aboliéndolo por igualdad.

La segunda versión de la historia afirma que en el mundo *no* puede haber dos cosas iguales. Porque *no* puede haber dos cosas iguales y, además, la palabra del poeta cifra en sí misma la virtud del arquetipo. Queda aniquilado el castillo al pronunciar la última sílaba de su nombre.

Solamente en el mundo el emperador puede ordenar al verdugo que dé muerte a su esclavo, el poeta. Solamente en el mundo no puede haber dos cosas iguales y la espada de hierro del verdugo puede ejecutar la sentencia del emperador y segar la vida del poeta. Solamente en el mundo los poetas engendrarán descendientes que serán, a su vez, buscadores de la palabra. Solamente en el mundo los descendientes del poeta buscarán y no encontrarán la palabra del universo. La palabra del universo no puede estar en el mundo porque en él no puede haber dos cosas iguales.

Sí pueden estar en el mundo las palabras numerosas; aquellas que han rehusado la soberbia pretensión de abolir el universo, vengarse del emperador y eludir su verdugo; aquellas que ya no creen en el poder anonadante y fulminante de la palabra.

En el mundo de Borges la palabra reclama ultimidad, pero bien sabe él que su promesa de ultimidad es ilusoria. La palabra que reclama ultimidad no puede más que pretenderse arquetípica: desde ella, en ella y por ella, las cosas aparecerán y serán eso que aparece. Para operar tal prodigio será preciso que suceda lo que afirma el griego en el *Cratilo*,<sup>2</sup> que en las letras de *rosa* está la rosa y todo el Nilo en la palabra *Nilo*. Borges aborda el tópico de palabras con pretensión arquetípica en su poema *El Golem*.<sup>3</sup>

El rabino de Praga, aun después de haber pronunciado el Sacro Nombre sobre su triste muñeco y conseguir que torpemente recorriese la penumbra de

---

2 Platón, *Cratilo*, 423 e - 424 a.

3 Borges, J. L., "El Golem", en ídem, *El otro, el mismo*. OC74, p. 885.

su encierro emulándolo como su dios-arquetipo, no consigue que su aprendiz hable. Denodadamente el rabino le explicaba el universo: “Esto es mi pie, esto el tuyo; esto la sogá”. Este pie y este otro pie no son más que el pie que arquetípicamente nombra aquel nombre que deseo que aprendas.

Pero es en vano, el perverso Golem es incapaz de alcanzar el arquetipo, es incapaz del nombre y por ello no aprende a hablar. Se limita a barrer<sup>4</sup> la sinagoga; no puede celebrar la palabra.

Ignora, como también el rabino de Praga, que no se llega a los arquetipos por abstracción, por generalización, por catarsis de las diferencias o ciñendo los pies con la sogá. Solamente en la memoria del dios habitan, y allí reposan indiferentes desde siempre.

La perversión del Golem (y la del rabí, que pretende enseñarle a hablar sin saber él mismo hablar) le hace pensar que una mera inversión del itinerario bastará; que será suficiente desandar el camino que ha conducido desde el arquetipo hasta la cosa. Mientras el rabí lamenta haber engendrado tan penoso hijo, haber añadido a la infinita serie un símbolo más y haber dado a la vana madeja que se devana en lo eterno otra causa, otro efecto y otra cuita –desertando así de la cordura de la inacción que pudo haberlo evitado– aparece insondable el sentimiento del dios que mira a su rabino en Praga.

La palabra arquetípica no está a la mano en el mundo; puede el hombre querer apropiarse de ella, pero torna en locura su cordura silente. Así como el Golem no aprendía a hablar, de la misma manera tampoco aprendió a hablar el rabino de Praga; no ha podido articular correctamente el Sacro Nombre. En su impericia y locura, acusa al dios que perplejo lo contempla y que seguramente también medita sobre la cordura de la inacción y la locura de haber pronunciado alguna vez el nombre sobre su rabino de Praga. Ni el dios, ni Judá León, rabino en Praga, pueden hablar arquetípicamente en el mundo.

En el mundo no hablan los arquetipos. La palabra arquetípica y la palabra intramundana constituyen metáforas de la justicia. La palabra arquetípica no puede redimir el mundo más que al precio de su vida. Solamente puede perdonar la palabra que ha entrado en el mundo, la que sabe de los dolores del mundo. Si la justicia fuese idéntica a la palabra arquetípica, el mundo estaría

---

<sup>4</sup> En *Funes el memorioso*, el personaje expresa “Mi memoria, señor, es como un vaciadero de basuras”. A esta versión minimizada y perversa de la memoria queda reducido el hombre cuando trata de acceder a los arquetipos por la vía abstractiva consistente en la catarsis de lo sensible. Funes se ha convertido en el vaciadero de toda aquella basura. Borges, J. L., “Funes el memorioso”, en ídem, *Ficciones*. OC74, p. 488.

## *Introducción*

condenado como algo ya-sido; si, en cambio, se la asocia con la palabra intramundana, aún resta esperanza.

Deseo a todos un fructífero coloquio con palabras intramundanas sobre las justicias en el medioevo, y los invito al próximo, que hemos pensado que sea sobre el mal.

Muchas gracias.

Enrique C. Corti